

Españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de fusil, y una gran cantidad de balas, y de saetas, aumentos que se debían a los socorros venidos aquel año de España, y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido en su salida de Tlascalá. Envió mensajeros a esta república, y a Cholula, a Huejotzínco, y a otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez días cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasión de poner asedio a la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco días antes de la fiesta de Pentecostes, llegó a Tezcúco el ejército Tlascalés, que constaba, según afirma el mismo Cortés, de más de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos jefes famosos, entre los cuales venían Gicotencatl el joven, y el valiente Chichimecatl, a cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huejotzínco, y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, según la orden que se les había dado. En los dos días siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlascalá, y de otros pueblos circunvecinos, los cuales con las huestes ya mencionadas formaban un total de más de doscientos mil hombres, como testifica su jefe Alfonso de Ogeda.

Distribucion del ejército en el asedio de la capital.

El lunes de Pentecostes, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto a cada uno, y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que había dado en Tlascalá. Mandó a Pedro de Alvarado que campase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros a los Megicanos, y le dio treinta caballos, ciento sesenta peones Españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes, y veinte y cinco mil Tlascaléses, con dos cañones. Cristóbal de Olid fue creado maestro de campo, y jefe de la división destinada a Coyohuacan, teniendo a sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones Españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinte y cinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres peones Españoles, con dos capitanes, y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huejotzínco, y Cholula, que eran más de treinta mil hombres, y le mandó Cortés que fuese a destruir la ciudad de Iztapálan, y que campase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le sería más fácil

apretar más y más a los Megicanos. Cortés, a pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes, y soldados, tomó el mando de los bergantines, por que opinaba que en ellos era más necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinte y cinco Españoles, y trece falconetes, señalando a cada bergantín un capitán, doce soldados, y otros tantos remeros: así que todo el ejército destinado a empezar el asedio constaba de novecientos diez y siete Españoles, y más de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares*, cuyo número se aumentó, como después veremos, hasta doscientos mil y más. Todas las otras tropas que habían venido a Tezcúco, o permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, o volvieron a sus pueblos, que por estar próximos a la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

Supplicio de Gicotencatl.

Partieron juntos de Tezcúco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les había señalado el general. Entre los principales Tlascaléses que acompañaban a Alvarado, se hallaban Gicotencatl el joven, y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fue herido por un Español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido a aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la deserción de los Tlascaléses. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje, y hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ogeda, y permitió a Pilteuctli que fuese a curarse a su patria. Gicotencatl, a quien tanto por su dignidad como por su parentesco, era más sensible que a ningún otro aquella injuria, no hallando entonces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente, y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlascalá. Alvarado dio parte de este suceso a Cortés, y

* Herrera y Solís cuentan 100,000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Díaz no cuenta más de 24,000, en tres campamentos de 8,000 cada uno. Yo doy más crédito a Cortés, que debía estar mejor informado en estos pormenores. Solís dice que Bernal Díaz se queja muchas veces de que los aliados les daban más estorvo que ayuda: es falso, antes bien elogia su valor, y habla de las ventajas que sacaron de ellos los Españoles. "Los Tlascaléses nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como lo están las cartas de Cortés, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Díaz es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorvaron a los Españoles, mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

este mandó a Ogeda, que alcanzase, y prendiese al fugitivo. Cuando lo tubo en su poder, mandó ahorcarlo publicamente, o en la misma ciudad de Tezcucó*, segun dicen Herrera y Torquemada, o en un sitio inmediato, como afirma Bernal Diaz, habiendose pregonado antes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado, y procurado sublevar a los Tlascalenses contra los Españoles. Es probable que Cortés no se aventuraria a tan peligrosa accion, sin haber antes obtenido el consentimiento del senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era difícil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas mas ilustres, y el odio particular con que miraban a aquel principe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente exitar los animos de los Tlascalenses contra los Españoles, los amedrentó en tales terminos, y a los otros aliados, que desde entonces observaron mas puntualmente las leyes de la milicia, y se mantubieron mas subordinados a aquellos gefes extranjeros. Asi es como estos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los Tlascalenses hicieron muchas demostraciones de la estima, y veneracion que tenian a su principe; lloraron su muerte, distribuyeron entre si, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exequias. La familia, y los bienes de Gicotencatl, se adjudicaron al rei de España; y fueron enviados a Tezcucó; en la familia habia treinta mugeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

* Cortés no hace mencion del suplicio de Gicotencatl: quizas tendria sus razones para pasarlo por alto. Bernal Diaz afirma que aquel gefe marchó a Tlascala, para apoderarse del estado de Chichimecatl, mientras este se hallaba en la guerra: mas esto es inverosimil. Hai autores que atribuyen su fuga al amor. Yo sigo en la relacion de este suceso a Torquemada, y a Herrera, por que se guiaron por los MS de Ogeda, y Camargo, que tenian datos seguros. Solis cree imposible que Gicotencatl fuese ajusticiado en Tezcucó "por que hubiera sido demasiado arriesgarse el resolverse Cortés a tan violenta egecucion, a vista de tan gran numero de Tlascalenses, a quienes debia necesariamente ser mui sensible tan ignominioso castigo de uno de los principales hombres de su nacion." Pero mucho mas se espuso Cortés aprisionando al rei Moteuczoma en su misma capital, y en presencia de un numero incomparablemente mayor de Megicanos, que tan mal debian llevar aquella injuria hecha a su monarca. Si en la conquista de Megico no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizas sería fundada la congetura de Solis: ademas de que, segun Herrera, Cortés procedio con el beneplacito del senado, y yo no dudo que la sentencia se publicaria a nombre de este.

Principio del asedio de Megico.

Alvarado y Olid continuaron su marcha acia Tlacopan, de donde pasaron a romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua a los Megicanos: mas no pudieron egecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los enemigos, los cuales previendo aquel golpe, habian hecho por agua y por tierra, muchos preparativos de defensa. Fueron sin embargo vencidos, y los Tlascalenses, que los persiguieron, les mataron veinte hombres, y les hicieron siete u ocho prisioneros. Dado felizmente este primer paso, resolvieron aquellos caudillos ir por el camino de Tlacopan, y apoderarse de algun foso: pero fue tan grande la multitud de Megicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de dardos, flechas, y piedras que les tiraron, que mataron ocho Españoles, e hirieron mas de cincuenta, y estos no pudieron sin gran dificultad retirarse a Tlacopan, adonde llegaron avergonzados, y donde Alvarado fijó su campo, segun las ordenes de Cortés. Olid marchó a Coyohuacan el 30 de Mayo, que en aquel año fue dia del Corpus, y en él empezó, segun el computo de Cortés, el asedio.

Mientras Alvarado, y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y en allanar algunos pasos, para comodidad de la caballeria, Sandoval, con el numero de Españoles que ya hemos dicho* y con mas de treinta y cinco mil aliados, salio de Tezcucó el 31 de Mayo, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan, en cuya operacion estaba fuertemente empeñado Cortés. Entró en ella haciendo terrible estrago, con el fuego en las casas, y con las armas en los habitantes, los cuales despavoridos, procuraron salvarse en las barcas. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines, y navegó a vela y remo acia Iztapalapan. Dio fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba coronada por muchos enemigos resueltos a defenderse, y a ofender a los Españoles cuanto les fuese posible †. Desembarcó el general Español, y superando con ciento y cincuenta hombres la aspereza de la subida, y la

* Solis dice que Sandoval y Olid salieron juntos de Tezcucó, pero confundio a Sandoval con Alvarado.

† En la cima de aquel montecillo fabricó Solis una *fortaleza mui capaz*: digo que la fabricó por que semejante dato no se halla en ningun historiador. El mismo Cortés, que pondera su victoria, solo habla de unas trincheras.

resistencia de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte a cuantos lo defendian*. Pero apenas hubo logrado este triunfo vio venir contra su escuadra, una numerosisima de barcas † que acudieron a las humaradas hechas tanto en el monte, como en algunos templos de las cercanias, cuando vieron aproximarse los bergantines. Embarcaronse inmediatamente los Españoles, y se mantubieron inmoviles, hasta que ayudados por un viento fresco, que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con el impulso de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas, y echando otras a pique. De los enemigos murieron muchos heridos por los remos, o ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas de los bergantines, por espacio de mas de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Inmediatamente que vio Olid, desde un templo de Coyohuacan, la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en orden de batalla, por el camino de Megico, tomó algunos fosos, y trincheras, y mató muchos enemigos. Cortés por su parte recogio aquella noche los bergantines, y se dirigió con ellos a atacar el baluarte situado en el angulo que formaba el camino de Coyohuacan, con el de Iztapalapan. Atacólo en efecto por agua, y tierra, y a pesar de la intrepidez con que lo defendió la guarnicion Megicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro, causó horrendo estrago en la muchedumbre que ocupaba el lago, y el camino. Aquel sitio, llamado por los Megicanos *Joloc* ‡, parecio a Cortes mui ventajoso para fijar sus reales, y en efecto no era facil hallar uno mas favorable a sus designios, pues desde él dominaba el camino principal, y aquella parte

* Solis dice que Cortés concedio la vida a la mayor parte de los que defendian el montecillo, pero Cortés asegura que ni uno solo de ellos escapó. Este monte se llamó desde entonces el peñon del Marques, en memoria de aquella accion.

† Bernal Diaz dice que la escuadra que atacó a Cortés se componia de todas las barcas que habia en Megico, y en todos los pueblos del lago, mas esta es una hiperbole descabellada. Solis afirma que constaba de cuatro mil canoas: pero Cortés que tenia mas interes que Solis y Bernal Diaz en exagerar el numero de las barcas, para dar mas realce a su victoria, solo cuenta quinientas.

‡ El P. Sahagun dice que Cortés, por medio de ciertos personajes prisioneros, convocó al rei, y a la nobleza de Megico, a un sitio del lago llamado Acachinanco, y copia la arenga que les hizo, esponiendole los motivos de la guerra: mas esta reunion ni es verdadera, ni verosimil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los Megicanos.

del lago, por donde podian entrar mayores socorros a los sitiados, y ademas el camino de Coyohuacan, que era su comunicacion con Olid. La poca distancia que mediaba entre aquel punto, y los campamentos de Coyohuacan y Tlacopan, facilitaba la comunicacion de sus ordenes, y lo ponía en estado de acudir a donde fuese mas necesario su socorro. Finalmente la proximidad a Megico contribuía a multiplicar los ataques*.

Alli reunio Cortés los bergantines, y abandonando la espedicion contra Iztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades a la capital. Para esto llamó a su campo a la mitad de las tropas de Coyohuacan, y a cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir acia el campamento una gran multitud de enemigos. Los Españoles, sabiendo que los Megicanos no peleaban de noche, si no cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio: pero aunque recibieron algun daño de los contrarios, los obligaron en fin con los armas de fuego a retirarse. El dia siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de guerreros, que con sus espantosos gritos, aumentaban el peligro a la imaginacion de los Españoles. Cortés, que ya habia recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente, puesta en orden de batalla. El empeño se sostubo con gran valor, y tenacidad por una, y otra parte; pero los Españoles, y sus aliados se apoderaron de un foso, y de una trinchera, y con la artilleria y los caballos hicieron tanto daño a los Megicanos, que los obligaron a refugiarse en la ciudad; y porque en la parte del lago que estaba a Occidente del camino, empezaban a molestar a Cortés las barcas enemigas, mandó ensanchar uno de los fosos, a fin de dar paso a los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente a ellas, que las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego a muchas casas de los arrabales.

Entre tanto Sandoval, terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la espedicion de Iztapalapan, marchó acia Coyohuacan con sus huestes. En el camino lo atacaron las tropas de Megicaltzinco; pero las derrotó, y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha, y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La division de Sandoval se dirigió a Coyohuacan, y él en persona pasó con diez caballos al campo

* Betancourt da a entender que Cortés acampó dentro de la ciudad, lo que está en contradiccion con el mismo general, el cual dice que su campamento distaba media legua de Megico.

de Cortés. Cuando llegó, estaban los Españoles peleando con los Megicanos. El cansancio del viage, y de la accion de Megicaltzinco no fueron parte a impedirle tomar parte en el encuentro. Combatio con su acostumbrado valor, y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos Españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los Megicanos no eran comparables a la perdida que sufrieron aquel día, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos días no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual los Españoles pasaron seis en continuos encuentros, pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pegando fuego a muchas casas. En sus correrias, descubrieron un canal grande, y profundo, por el cual podian entrar facilmente en la ciudad: circunstancia de que sacaron despues ventajas importantes.

Alvarado por su parte apretaba cuanto podia a los Megicanos, apoderandose en frecuentes refriegas de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan. Tubo en estas peleas algunos hombres muertos, y muchos heridos. Observó que por el camino de Tepeyacac, situado acia el Norte, se introducian continuamente socorros en la ciudad, y conócio que por allí podrian escapar facilmente los sitiados, cuando se hallasen en estado de no poder resistir mas a los sitiadores. Comunicó sus observaciones a Cortés, y este mandó a Sandoval que fuese con ciento y diez ocho peones Españoles, y con grandisimo numero de aliados, a ocupar aquel punto, y cortar toda comunicacion con los enemigos. Obedecio Sandoval aunque molestado por la herida, y habiendose apoderado sin oposicion del camino, quedó desde entonces impedida toda comunicacion entre Megico, y la tierra firme*.

Primer entrada de los sitiadores en Megico.

Egecutada felizmente aquella medida, determinó Cortés hacer al dia siguiente una entrada en la ciudad, con mas de quinientos Españoles, y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de estos, con alguna

* Robertson dice que Cortés quiso atacar la ciudad por tres puntos diferentes: por Tezcuco al lado oriental del lago, por Tacuba a Poniente, y por Cuyocan (esto es Coyohuacan) a Mediodia. "Estas ciudades, añade, estaban colocadas sobre las calzadas principales que conducen a la ciudad, y que estaban hechas para su defensa." Lo cierto es que por la parte de Levante no podia haber calzada alguna, siendo mui profundas allí las aguas. Sandoval se acampó no ya en Tezcuco de donde era imposible atacar a Megico, sino en Tepeyacac acia el Norte.

caballeria, en el campamento. Sandoval y Alvarado debian entrar al mismo tiempo, cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso egercito, bien ordenado, y flanqueado por los bergantines, y a poca distancia halló un foso ancho, y profundo, y una trinchera de diez pies de alto. Opusieronse valerosamente los Megicanos a su paso: mas rechazados por los bergantines, se adelantaron los Españoles, alcanzando a los enemigos hasta la ciudad, donde los detubieron otro foso, y otra trinchera. El impetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron a su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos, y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los Españoles: pero habiendo finalmente echado de la trinchera a los que la ocupaban con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el egercito, y continuó su marcha, tomando otros fosos, y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. Apesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó en la entrada, no se atrevian los Españoles a acometerla, hasta que el mismo general, echandoles en cara su ignominiosa cobardia, los impulsó, y les dio ánimo. Los Megicanos amedrentados al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos, y atacados: pero de improviso lo fueron los Españoles en su retaguardia por otras tropas Megicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuge, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habian entrado, dejando el cañon en poder de los contrarios. De allí a poco entraron oportunamente en la plaza tres o cuatro caballos, y persuadiendose los Megicanos que iba contra ellos toda la caballeria, se desordenaron por el miedo que tenian a aquellos grandes, y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que fueron ocupados sin perdida de tiempo por los Españoles. Diez o doce nobles se habian fortificado en el atrio superior del templo mayor, mas a pesar de su tenaz resistencia fueron vencidos, y muertos. El egercito Español en su retirada pegó fuego a las mayores, y mas hermosas casas del camino de Iztapalapan, aunque no sin gravisimo peligro, por el impetu con que los atacaban los enemigos a retaguardia, y por el daño que les hacian desde las azoteas. Alvarado y Sandoval hicieron grandisimos estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron aquel dia los elogios del general Español.

Aumento de las tropas auxiliares de los Españoles.

Crecían diariamente, y de tal modo las fuerzas auxiliares de los Españoles con nuevos socorros, y alianzas de ciudades, y de provincias enteras, que no habiendo al principio en sus campamentos mas de noventa mil hombres, en pocos dias llegaron a doscientos cuarenta mil. El nuevo rei de Tezcuco, para manifestar a Cortés su gratitud, procuraba conciliarle el afecto de toda su nobleza, y armó ademas un egercito de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los Españoles bajo las ordenes de un hermano suyo. Este principe, que se llamó en el bautismo D. Carlos Ijtliljochitl*, era un joven de cuyo valor dan testimonio todos los historiadores antiguos, y especialmente el mismo Cortés, ponderando la oportunidad, y la importancia de su auxilio. Cortés lo tubo en su campo con treinta mil hombres, y los otros veinte mil se dividieron entre Sandoval, y Alvarado. A este refuerzo de los Tezucucanos siguió mui en breve la confederacion de los Toquimilqueses, y de los Otomites de los montes con los Españoles, de cuyas resultas se agregaron veinte mil hombres mas al egercito.

Solo faltaba a Cortés para completar su plan de asedio, impedir los socorros que entraban por agua en la ciudad. Para llevar a cabo este designio, retubo consigo siete bergantines, y envió los otros seis a la parte del lago que estaba entre Tlacopan, y Tepeyacac, a fin de que pudieran socorrer facilmente a Sandoval, y Alvarado, cuando estos lo necesitasen, y entretanto surcasen en diferentes direcciones el lago, tomando todas las barcas que llevasen socorros, y tropas a la ciudad.

Hallandose ya Cortés con tan numerosas huestes a su mando, determinó hacer dentro de tres dias una entrada en Megico. Dio de

* Cortés lo llama *Istrisuchil*; Solís y Bernal Diaz corrompen mas el nombre, y escriben *Suchil*. Torquemada, en contradiccion consigo mismo dice que este joven era Coanacotzin, hermano mayor de D. Fernando Ijtliljochitl, y pocas paginas despues hace a este mismo Coanacotzin, consejero principal del rei de Megico, durante el asedio. Lo cierto es que el joven caudillo del egercito Tezucucano fue D. Carlos Ijtliljochitl, al cual, muerto su hermano D. Fernando Cortés Ijtliljochitl, despues de la conquista, dio Cortés la investidura del estado de Tezcuco. Coanacotzin se mantuvo en la corte de Megico desde el principio de aquel año hasta la conquista. Fue hecho prisionero con el rei Quauhtemotzin, y con él ajusticiado tres años despues en Izancanac, cuando los dos viajaban con el general Español acia Comayahua.

antemano las ordenes necesarias, y el dia señalado marchó con la mayor parte de su caballeria, trescientos peones Españoles, siete bergantines, y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas, y los enemigos bien apercebidos a la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos, y trincheras que habia hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el egercito, no permitiendo Cortés que se adelantase, sin dejar allanados todos los pasos dificiles que estaban en su poder: pero mientras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas, y palacios, entre ellos el del rei Ajayacatl, donde ya habian tenido los Españoles sus cuarteles, y la célebre casa de pajaros de Moteuczoma. Hechas estas hostilidades a duras penas, y con gran peligro, por los esfuerzos que hacian los sitiados para estorvarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se egecutó felizmente aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado, y Sandoval. Esta jornada fue mui fatigosa para los Españoles, y sus aliados, pero de indecible afliccion para los Megicanos, no solo por la pérdida de tantos bellos edificios, si no tambien por la befa con que los insultaban sus mismos vasallos confederados de los Españoles, y los Tlascalenses, sus mortales enemigos, los cuales les enseñaban los brazos, y las piernas de los Megicanos que habian matado, dandoles a entender que las cenarian aquella noche, como en efecto lo hicieron.

Nuevas entradas en la capital.

Al dia siguiente, mui temprano, para no dar tiempo a que los enemigos reparasen el daño del anterior, salio Cortés de su campo, con el designio de continuar las operaciones: pero apesar de su diligencia, los Megicanos habian erigido de nuevo las fortificaciones arruinadas, y las defendieron con tal obstinacion, que no pudieron tomarlas los sitiadores, si no despues de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantose el egercito, y ganó dos fosos del camino de Tlacopan: pero aproximandose la noche, se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguian el alcance. Sandoval, y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo a tres egercitos numerosos, que tenian en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines, y de la disciplina militar. Alvarado por su parte habia ya arruinado todas

las casas que estaban a uno y otro lado del camino de Tlacopan*, pues la poblacion de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés, y Bernal Diaz.

Cortés hubiera querido evitar a sus tropas la gran fatiga de repetir diariamente los combates, para apoderarse de los mismos fosos, y trincheras; pero no podia guarnecer los que tomaba, sin esponerse a sacrificar las guarniciones al furor de los enemigos, ni queria acampar dentro de la ciudad, como se lo aconsejaban algunos de sus capitanes, pues ademas de los continuos ataques que podrian darle de noche, no le era facil desde alli impedir los socorros que se dirigiesen a la ciudad, como podia hacerlo en la posicion de Joloc.

Confederacion de algunas ciudades del lago con los Españoles.

Mientras iban careciendo los sitiados de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron a la sazón uno que les era tan ventajoso como perjudicial a sus enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en las orillas, y en las islas del lago de Chalco, habian sido hasta entonces opuestos a los Españoles, y hubieran podido hacer mucho daño al campo de Cortés, atacandolo por una parte del camino, mientras los Megicanos lo hacian por la otra: mas se habian abstenido de toda hostilidad, reservandose quizas para ocasion mas oportuna. Los Chalqueses, y otros aliados a quienes no convenia la proximidad de tantos enemigos, procuraron atraerlos a su partido, ya con promesas, ya con amenazas, y con vejaciones, y tanto pudo su importunidad, y el temor de la venganza de los Españoles, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederacion, y alianza, los nobles de Iztapalapan, Megicatzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizquic, y Cuitlahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegróse extraordinariamente Cortés de este suceso, y pidió a sus nuevos aliados, no solo que lo ayudasen con tropas, y con barcos, si no que transportasen materiales para fabricar chozas en el camino, pues siendo aquella la estacion de las lluvias, padecia mucho su gente por falta de abrigo.

* Estas casas no estaban construidas en el mismo camino, si no cerca de él, en unas isletas, que habia por una, y otra parte. No sabemos que hubiese en el camino otro edificio que un templo, situado en una de las placetas que formaba. Alvarado lo tomó, y mantuvo en él una guarnicion casi todo el tiempo del asedio.

Todo esto se ejecutó con tanta puntualidad, que inmediatamente pusieron a las ordenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo numero no se dice, y tres mil barcas para ayudar a los bergantines en sus correrias. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las chozas, en que pudieron alojarse comodamente todos los Españoles, y dos mil Indios empleados en su servicio, pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en Coyohuacan, a cuatro millas de Joloc. No contentos con tan importantes servicios, llevaron al campamento muchos viveres, y especialmente pescado, y cerezas en gran cantidad.

Cortés, a quien daban mayor estimulo estas nuevas fuerzas que se le habian agregado, entró con ellas dos dias seguidos en la capital, haciendo un estrago considerable en los habitantes. Persuadiase que estos cederian al exesivo numero de enemigos que los rodeaban, y experimentando los perniciosos efectos de su tenaz resistencia; pero se engañó en su esperanza, pues los Megicanos estaban resueltos a perder la vida antes que la libertad. Determinó pues continuar sus entradas, para obligarlos con incesantes hostilidades a pedir la paz que habian reusado hasta entonces. Dividió su marina en dos escuadras, compuesta cada una de tres bergantines, y mil y quinientas barcas, mandandoles que se aproximasen a la ciudad, pegasen fuego a las casas, e hiciesen a los sitiados todo el daño posible. Dio orden a Sandoval, y Alvarado que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus Españoles, y con ochenta mil aliados, segun parece*, marchó como solia, por el camino de Iztapalapan, acia Megico, sin poder conseguir en esta, y en las otras entradas de aquellos dias, mas ventajas, que ir disminuyendo poco a poco el numero de enemigos, arruinar algunos templos, e internarse algo mas, para ponerse en comunicacion con Alvarado, si bien no le fue posible obtenerlo por entonces.

Operaciones de Alvarado, y proezas de Tzilacatzin.

Alvarado, con sus tropas ayudadas por los bergantines, habia tomado un templo que estaba en una placeta del camino de Tlacopan, en el que mantuvo guarnicion desde entonces, a pesar de los violentos asaltos de los Megicanos. Tambien se habia apoderado de algunos fosos,

* Congeturo que las tropas aliadas, que acompañaron a Cortés en esta entrada, eran 80,000 hombres, por que él mismo afirma que aquel dia tenia 100,000 en su campamento, de los cuales 20,000 a 22,000 se emplearian probablemente en los barcos.

y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residia el rei Quauhtemotzin, y donde se habia recobrado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó acia aquella parte sus operaciones: mas aunque peleó con todas sus fuerzas, por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrepida resistencia de los sitiados. En estos combates perecio mucha gente de una, y otra parte. En uno de los primeros encuentros, se dejó ver un membrudo, y animoso Tlatelolques, disfrazado de Otomite, con un Ichcahuepilli, o coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo, y tres piedras, y corriendo velocisimamente acia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras con tanta destreza, y vigor, que abatio un Español con cada una, causando no menos indignacion a los Españoles, que miedo, y admiracion a los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo a las manos, pero no fue posible, por que en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño a los sitiadores, teniendo ademas tanta velocidad en los pies para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre Tlatelolques era Tzilacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que habia conseguido sobre los Megicanos, quiso un dia internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos, y trincheras, uno entre aquellos, que tenia cincuenta pies de ancho, y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia mandado Cortés, siguió adelante con cuarenta o cincuenta Españoles, y algunos aliados. Los Megicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron, y obligaron a huir, y al pasar el foso mataron muchos aliados, y cogieron cuatro Españoles, que inmediatamente fueron sacrificados, a vista de Alvarado, y los suyos, en el templo mayor de Tlatelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor, y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó a Tlacopan, con intencion de reprender severamente a Alvarado por su temeridad, y desobediencia: pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada, y de que habia tomado los puestos mas difíciles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus ordenes, sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

Traicion de los Joquimilqueses, y de otros pueblos.

Las tropas de Joquimilco, de Cuitlahuac, y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que le ofrecian las continuas entradas de los Espa-

ñoles, para saquear las casas de Megico, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rei Quauhtemotzin, protestandoles su invariable fidelidad, y quejandose de los Españoles por que los forzaban a tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse a los Megicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte a todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rei su intento, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntandoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad, y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian en la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los Españoles, empezaron a saquear las casas de los Megicanos, matando a cuantos se les oponian, y haciendo prisioneros a las mugeres, y a los niños. Conocieron su perfidia los Megicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por orden del rei. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en egecucion, si no por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida, y dispuesta siempre a cometer toda clase de delitos.

Victoria de los Megicanos.

Durante veinte dias no habian cesado los Españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes, y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas, que a sus ordenes tenia, y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro, y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlatelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Megicanos, para arruinarlos en una accion, o al menos inducirlos a rendirse. Cortés, que conocia cuan arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones mas eficaces: mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse a una opinion que habia llegado a ser general en el egercito, tubo que ceder a sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento y quince peones, y diez caballos, fuese a unirse con Alvarado; que emboscase su caballeria, y levantara el campo, fingiendo retirarse, y abandonar el asedio de la ciudad, a fin de que, empeñados los Megicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballeria, por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fue vencido Alvarado,